



F
FRONTERAS
DE ARENA

MATÍAS FERNÁNDEZ SALMERÓN

LIBRERÍA CAJAL 1817

**FRONTERAS
DE
ARENA**

Matías Fernández Salmerón

©Matías Fernández Salmerón, 2012

Depósito legal: SE-2097-2012

Inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual

con el número: 201199901735495

Fotografía de cubierta: ©Fotolia.es

Diseño de portada: Cortesía de Editorial Círculo Rojo.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos.

A mis padres.
A mis hermanos.

Hay situaciones en la vida
que parecen estar predestinadas
a ocurrir.

De la misma manera,
hay personas que, tal vez,
estaban predestinadas
a encontrarse.

1

El vuelo SV-1551 no aparecía anunciado en los paneles de salidas del aeropuerto de San Pablo, pero en la cabina del *Airbus A319* se recibió autorización para poner en marcha los motores y realizar el rodaje hasta la pista 27. El comandante García giró la cabeza hacia su derecha para mirar a los ojos expectantes del capitán Márquez y con un escueto «vamos allá» comenzaron el complejo procedimiento para poner en marcha la aeronave. Tras pulsar varios botones e interruptores el motor izquierdo rugió con fuerza y los dos pilotos realizaron entonces las mismas acciones para el motor derecho, que instantes después bramó también con la misma intensidad que el izquierdo.

Mientras los motores alcanzaban la temperatura óptima para empezar a rodar hasta la pista de despegue, los dos hombres, concentrados en lo que estaban haciendo, revisaron todos y cada uno de los indicadores de la cabina y pusieron, como hacían en cada vuelo, toda su atención en que no hubiese el más mínimo fallo.

Para cuando hubieron terminado las comprobaciones, los indicadores de temperatura marcaban el nivel adecuado y las miradas de ambos pilotos se volvieron a cruzar. Recibieron la autorización para rodar y, tras un breve asentimiento de cabeza del capitán, el comandante García liberó los frenos de la aeronave y aplicó potencia a los motores hasta que esta comenzó a moverse y, a la vez que giraba la palanca de control para seguir la trayectoria marcada, redujo la potencia de los motores para estabilizar la velocidad permitida para recorrer el trayecto hasta la pista de despegue.

Normalmente, el largo tiempo que se emplea para el rodaje, a velocidad tan reducida, deja tiempo a los pilotos para cruzar algunas palabras, a la vez que continúan con la

inspección de todos los indicadores. Pero esta vez era distinto.

No era la primera vez que Miguel García y Aitor Márquez volaban juntos, pero para ambos el de hoy era un vuelo muy especial. Para el copiloto Aitor Márquez era su primer vuelo internacional y eso suponía un logro para cualquier piloto. El piloto Miguel García, a sus cincuenta y dos años, conocía ya la mayoría de los principales aeropuertos europeos, pero para él hoy era también un día especial: era su primer viaje a África.

Sin embargo, lo que debería ser un vuelo exultante de felicidad para ambos, se había convertido en algo que les atenazaba el gesto y, aunque en ningún momento habían perdido la concentración en lo que estaban haciendo, ambos iban con el rostro consternado pues los dos sabían que les habían asignado un vuelo que pocos pilotos aceptan con agrado.

Ni la perspectiva de sobrevolar la majestuosa cordillera del Atlas, ni tan siquiera lo que suponía atravesar la inmensidad del desierto del Sahara, habían podido arrancar de sus rostros el más mínimo atisbo de sonrisa. Más bien al contrario.

Tal vez en la mente de ambos se revolvieran los mismos pensamientos. Probablemente estuviesen recordando cómo la inmensa ilusión con que habían acogido el nuevo destino se había transformado al instante en el más enorme desasosiego que sus almas habían sufrido jamás, cuando les notificaron el tipo de vuelo de que se trataba.

Normalmente para un piloto, a pesar de la gran responsabilidad que supone, el hecho de tripular un avión de pasajeros le proporciona una enorme alegría, pues lo usual es que todos los que viajan vayan con una gran ilusión a su punto de destino.

Especialmente a Miguel, le llenaba de alegría ver las caras ilusionadas de sus pasajeros antes de empezar el vuelo. Y esas mismas caras transformadas en rostros llenos de emo-

ción cuando llegaban a su destino, le hacían pensar que era un poco privilegiado por tener ese trabajo.

Giró el avión hacia la izquierda y enfiló la calle de rodadura.

Ante la larga plataforma los recuerdos volvieron a su mente.

Recordó lo poco gratificante que había sido su trabajo cuando al principio de su carrera tuvo que estar bastante tiempo pilotando solamente aviones de carga. Fue un tiempo aburrido y muy pesado porque, además, casi todos los vuelos eran de noche. Pero se lo tomaba con paciencia. Tenía claro que tendría que estar así algún tiempo antes de poder pilotar aviones con pasajeros.

Al cruzar la mitad de la calle de rodadura miró a su copiloto que, con un asentimiento de cabeza le confirmó que todo funcionaba como debía. A la reducida velocidad que iban rodando, aún faltaban varios minutos para llegar a la cabecera de la pista 27, que era la que le habían asignado para el despegue, y volvió a sumergirse en sus pensamientos.

Llevaba volando más de veinticinco años y, sin duda ninguna, el de hoy era el vuelo más amargo de su vida. A través de la ventanilla del avión, había visto embarcar al pasaje y se le había formado un nudo en la garganta al ver los rostros de los pasajeros que tenía que llevar a su destino. Lo habitual es que las personas que regresan a su país, vayan contentos tras unas buenas vacaciones e ilusionados de regresar a sus hogares, con los suyos, con su gente. De los miles de pasajeros que había transportado, en algunas ocasiones había llevado a gente que iba a un funeral y, lógicamente, iban consternados por la situación, pero nunca había visto nada parecido.

Eran ciento treinta los que hoy viajaban con él. A pesar de que estaba algo retirado de las escaleras por donde habían ido subiendo al avión, pudo ver sus rostros demarcados, sus ojos que no sabían dónde mirar. La mayoría

temblaba, a pesar de que la temperatura era agradable e iban bien abrigados. Las cabezas bajas. Nadie hablaba. Nadie miraba a nadie. Hasta el personal de tierra parecía afectado.

Los encargados de cargar las maletas miraban desde su vehículo parado y vacío. Las puertas de la bodega del avión permanecían cerradas. No había maletas que cargar. El pasaje del vuelo SV-1551 no llevaba equipaje.

Una doble línea amarilla pintada en el suelo sacó a Miguel de sus pensamientos. Puso a cero las palancas de potencia y aplicó los frenos poco a poco hasta detener el avión justo ante la doble línea. Habían llegado al punto de espera de la pista 27.

Como era preceptivo comunicó con la torre del control para pedir permiso para despegar. Al ser un vuelo preferente, la Torre atendió su llamada al instante y autorizó el despegue por la pista 27, rumbo oeste. Al comandante Miguel García y al capitán Aitor Márquez les produjo un sentimiento de desasosiego el hecho de que precisamente el vuelo que iban a comenzar, tuviera rumbo al oeste, rumbo a occidente, hacia lo que paradójicamente se identifica con la civilización, con la buena vida, con las libertades y los derechos humanos. Piloto y copiloto compartieron una mirada llena de amargura y, con un gesto apenas perceptible se pusieron de acuerdo en que todo estaba en orden para el despegue.

El comandante empujó la palanca de potencia y el avión se puso de nuevo en movimiento. Atravesó la doble línea amarilla, giró a la derecha para entrar en la pista de despegue y volvió a detener el avión alineado con la pista. Aplicó los frenos de estacionamiento para que el avión no avanzara y comenzó a aplicar potencia poco a poco.

Volvió a acordarse de «su» pasaje. Sus ciento treinta pasajeros. Los pudo sentir a su espalda. Tras la hermética puerta de la cabina. Pudo sentir su desasosiego. Pudo sentir su miedo ante las vibraciones del avión. Y pudo sentir su

desesperación y su tristeza. Y se sintió culpable. Se sintió culpable por ser cómplice de lo que se iba a hacer con esos ciento treinta seres humanos. Era él, en último extremo, quien los iba a llevar en su avión. Él era cómplice de la injusticia. Porque eso era lo que pensaba que se estaba haciendo. Una injusticia. Una enorme injusticia que iba a cometer al llevar a ciento treinta personas a su país de origen porque habían sido expulsados del país en el que él mismo había nacido. Y sintió vergüenza por ser de un país que expulsa a seres humanos que no han cometido delito alguno. Tan solo el supuesto delito de ser inmigrantes. Y él iba a devolverlos al sitio que tiempo antes habían abandonado huyendo del hambre y de la miseria en busca de un mundo mejor.

Y cuando liberó los frenos y el avión comenzó a avanzar, sintió que dos lágrimas se escaparon de sus ojos y empujó, con rabia, las palancas de potencia de los motores para levantar el vuelo más amargo de su vida.

2

Una delgada línea azul comenzó a distinguirse en el horizonte. La había visto solo un instante, al abrirse un pequeño hueco entre las nubes, pero las caprichosas formas de vapor de agua condensado volvieron a ocultarle la visión del horizonte.

«No puede ser», pensó. Y bajó la vista para fijarla en el equipo medidor de distancia que indicaba que aún le faltaban más de treinta y cinco millas para el siguiente punto de su viaje. Algo menos de cincuenta kilómetros, calculó con rapidez. «No puede ser», acató con un gesto negativo de la cabeza.

Al sentirse de nuevo envuelto por las nubes pensó en lo curioso que era que las nubes se encontraran precisamente allí. No eran negros nubarrones que anunciaban tormenta; más bien parecían suaves formaciones atraídas por la masa vegetal sobre la que se encontraba en esos momentos. No pudo evitar acordarse de lo del huevo y la gallina. ¿Eran las nubes con su lluvia las que hacían posible que existiesen los bosques? ¿O eran los bosques los que con su humedad atraían a las nubes? ¿Sería acaso que llovía cada vez menos porque había cada vez menos bosques que atrajesen la humedad y las nubes que traen la lluvia?

Resultaba sorprendente que desde que salió de Madrid el cielo había estado completamente despejado y había sido precisamente allí donde se había topado con ese grupo de nubes entre las que se encontraba volando: justo encima de Sierra Morena.

Marcos Garmendia se sentía impresionado ante el espectáculo que se desarrollaba en torno a él. Solo en unas pocas ocasiones se introducía dentro de alguna nube y, entonces, parecía envuelto en una densa niebla, pero al ins-

tante salía de la masa nubosa y, bajo el sol, podía disfrutar otra vez del espectáculo que la naturaleza le brindaba en las primeras horas de su nueva vida.

Una mirada al *GPS* le confirmó que estaba a punto de abandonar las montañas y, como si la naturaleza quisiera darle la razón, minutos después las nubes quedaron atrás y ante él se abrió un espectáculo majestuoso.

Gran amante de la naturaleza, Marcos no pudo menos que emocionarse ante el paisaje que a sus ojos apenas daba tiempo de asimilar en toda su magnitud.

Un gran río llenaba de vida sus dos orillas en un montón de kilómetros tierras adentro. Un río al que los romanos llamaron Betis, y algunos siglos más tarde los árabes, con su inmensa sabiduría, lo bautizaron precisamente con el nombre de gran río: Al-wadi al-kavir. Y así, con ese nombre, ha llegado hasta nuestros días. «El Río Grande». El Guadalquivir.

Marcos siguió su curso con la mirada y, en la lejanía, en dirección suroeste distinguió una gran aglomeración urbana. Sevilla. Miró el medidor de distancia: treinta millas, unos cincuenta kilómetros. Siguió con la mirada el curso del gran río y más allá, en el horizonte, volvió a distinguir la delgada franja azul que había creído ver minutos antes. ¿El mar? No podía ser. Todavía se encontraba a cincuenta kilómetros de Sevilla y el mar estaba mucho más lejos. Pero claro, a dos mil quinientos metros de altitud la perspectiva es muy diferente. Siguió observando y, efectivamente, aquello debía ser el mar. ¡Después de tanto tiempo! Hacía tanto que no veía el mar... Y, sin embargo, debía de acostumbrarse a él pues a partir de ahora lo vería a diario en la nueva vida que había comenzado hacía apenas un par de horas.

De repente, algo le sacó de sus pensamientos. Una voz en sus auriculares le hizo dar un respingo mientras volvía a la realidad.

–*Cessna SV tres cero siete*. Aquí Sevilla Centro, buenos días.

–Buenos días, Sevilla Centro. Aquí *Cessna SV tres cero siete*, a la escucha –contestó.

–Necesitamos informe de su plan de vuelo –escuchó Marcos en sus auriculares.

–Me dirijo al aeropuerto en rumbo actual dos uno cero, con cambio de rumbo a dos seis dos. Mi altitud es de dos mil quinientos metros.

–Recibido *Cessna SV tres cero siete*, rumbo dos uno cero hasta dos seis dos. Necesitamos que altere su plan de vuelo. Tenemos un *Airbus* dirigiéndose a despegar en pista 27. Descienda a mil quinientos metros, manténgase fuera del *CTR* por noroeste y abandone por radial dos seis dos. Comuníqueme cuando termine la maniobra.

–Aquí *Cessna SV tres cero siete* –contestó Marcos contrariado–, recibido. Desciendo a mil quinientos metros y me mantengo fuera del *CTR* por noroeste. Abandono por radial dos seis dos y comunico cuando finalice maniobra.

¡Vaya puñetas!, pensó Marcos. Aquello alteraba sus planes de sobrevolar Sevilla. Desde que planificó su viaje había pensado tantas veces en sobrevolar esa ciudad...

En su anterior trabajo tenía mucho tiempo para escuchar música y había algunas canciones que le gustaban especialmente y que hablaban de Sevilla. De su río, de la Giralda, de la Torre del Oro. De la calle del Aire y de la plaza de Doña Elvira. Se había hecho a la idea de sobrevolar esa mágica ciudad y ahora tendría que conformarse con verla a lo lejos. «Algún día volveré. Y pasearé por sus calles», pensó.

Pero ahora debía concentrarse en la maniobra que debía realizar.

Lo primero era descender. Desactivó el piloto automático, empujó hacia delante la palanca de control y la avioneta inclinó el morro y comenzó a bajar. Como la velocidad comenzó a aumentar, Marcos quitó algo de potencia al motor. Mientras descendía pulsó en uno de los botones del

GPS para ampliar el mapa y pudo ver con nitidez la zona en la que debía realizar la maniobra. El *CTR*, que ahora ya no podía sobrevolar, es una zona circular alrededor de los aeropuertos, que en el caso de Sevilla tiene un radio de seis millas, unos diez kilómetros, y que solo la Torre de Control tiene competencia para autorizar o no el vuelo a baja altura sobre ella.

Sin quitar la vista del *GPS* ni del altímetro, estuvo descendiendo algunos minutos hasta que observó que, cuando faltaba poco para llegar a la línea circular que delimitaba la zona que no debía sobrevolar, la avioneta se encontraba ya a mil seiscientos metros de altitud. Marcos tiró hacia sí de la palanca de control para nivelar el vuelo y con una diferencia de algunos metros consiguió la altitud que le habían indicado desde la Torre de Control.

Algunos ajustes le permitieron estabilizar la altitud en mil quinientos metros y, casi sin tiempo para más comprobaciones, tuvo que virar a la derecha para no invadir el área que le habían vetado.

Cuando en la pantalla del *GPS* comprobó que se había quedado fuera de la zona prohibida, respiró algo más tranquilo. Tal vez un piloto con más experiencia hubiese solventado la maniobra con mayor soltura. Incluso si hubiese estado prevista, él mismo la habría ejecutado con total tranquilidad. Pero de todas formas la había realizado correctamente.

Como ya tenía rumbo oeste, giró suavemente la palanca de control hacia la izquierda y la avioneta se inclinó un poco y comenzó a virar hacia ese lado. Marcos pisó el pedal derecho para compensar el giro mediante el timón, de manera que la maniobra quedase perfectamente coordinada. Le costó algunas rectificaciones y toda su atención conseguir la inclinación correcta para adaptarse al segmento circular que tenía que trazar. No obstante, pudo dirigir algunos vistazos a su izquierda para divisar a lo lejos la ciudad

de la que tanto le había hablado su amigo Juan Luís mientras preparaban su viaje.

Pudo distinguir, por estar situado más cerca de su posición, la esbelta silueta de lo que parecía ser una especie de arpa blanca gigante y que, no era otra cosa que el soberbio puente del Alamillo.

Una mirada a los indicadores del panel de instrumentos de su *Cessna* le hizo ver que la maniobra que debía realizar se estaba desarrollando a la perfección.

Otro vistazo hacia Sevilla y pudo ver claramente la Giralda, sobresaliendo majestuosa por encima de las casas del barrio histórico. Algo más lejos, ya con menos nitidez, pues la capa de contaminación que flotaba sobre la ciudad impedía una visión clara, acertó a distinguir dos esbeltas torres asomándose a una gran masa boscosa, a la izquierda del río. El parque de María Luisa y la plaza de España, acertó Marcos en su pensamiento.

Recordó que su amigo Juan Luís le había hablado de esta plaza semicircular en la que había un banco por cada una de las provincias españolas. Y que era una especie de tradición sentarse en el banco que correspondiese a la provincia de cada uno.

Se quedó pensando que si venía alguna vez a Sevilla, tal vez no sabría en qué banco sentarse.

Marcos Garmendia había nacido hacía treinta y seis años en Zamora, en un pueblecito que abandonó para irse a Madrid, donde había estado viviendo hasta hacía algo más de dos horas. Y a partir de ahora su vida tomaba un nuevo rumbo que le iba a llevar a otro destino. Pronto tendría otro banco en el que sentarse.

Un nuevo vistazo a los indicadores y en el *GPS* pudo ver que ya había pasado la mitad del arco que tenía que salvar y que pronto estaría en disposición de virar a la derecha para establecer el rumbo definitivo que le iba a llevar a su destino. De hoy.